



www.loqueleo.com/es

© 2009, Blanca Álvarez González

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-191-3

Depósito legal: M-42.705-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: julio de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ó
P
A
L
O

B
L
A
N
C
A
Á
L
V
A
R
E
Z

loqueleg

*Queda quizá el recurso de andar solo,
de vaciar el alma de ternura
y llenarla de hastío e indiferencia,
en este tiempo hostil, propicio al odio.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

*... aunque conozcamos los mínimos detalles
de un cuerpo, nunca, nunca poseemos
el secreto de quien lo habita.*

SIMONA VINCI

Nota de la autora

Toda novela es una ficción que tan solo existe, de manera completa, en la mente del escritor. Casi nunca se conoce con exactitud el detalle, el gesto, la mirada, las palabras que provocaron esa historia. Sin embargo, existen dos deudas importantes para el nacimiento de esta novela. La primera está en mi fascinación personal por las espías de la Primera Guerra Mundial, nunca fueron tan fascinantes y enigmáticas como entonces. La segunda, tan alejada de ellas, se encuentra en Llanes, en una noche de verano llena de palabras que iban de la filosofía al chascarrillo, del pecado según San Agustín a las anécdotas de viajes y otras noches. Como por casualidad, Amelia Valcárcel relató una historia, transformada después en la novela, que hablaba del «rostro de la perfecta bondad». Amelia reconoció habérsela escuchado a Sánchez Ferlosio en otra noche similar. Nunca supo si el relato de Sánchez Ferlosio había sido leído, escuchado de otros labios o era una pura invención del escritor. No lo preguntó. A mí también me pareció mejor dejar en el misterio la autoría original del relato, porque todos los relatos son siempre

el mismo, obedecen al deseo humano de perpetuar la memoria y tan solo varía la voz de quien los rescata para relatarlos, en una noche de verano, en una novela o en una tablilla de arcilla. De todos modos, para mí resulta importante rescatar esos dos nombres que sirvieron para hilvanar esta novela.

El castigo

Ya nadie recordaba su nombre. Desde que Claudia, con su trabajosa lengua infantil decidió llamarla Mimi, ni familiares ni amigos volvieron a utilizar otro. Tan solo su madre, Matilde, la recordaba por el viejo de Miao-San. Aunque lo pronunciaba con un deje de rabia incomprensible para Claudia.

11

—Llevan años enzarzadas en un juego feroz —aseguró su padre—. Por experiencia sé que lo mejor es no entrar en esa guerra. —Luego guiñó un ojo a Claudia—. En realidad, sospecho que la espada en alto la mantiene tu madre. Ignoro las razones —respiró hondo—. Pero lo del nombre lo entiendo, porque tu madre jamás ha soportado el suyo; asegura que fue una jugarreta de tu abuela.

—No aguantan juntas ni tres minutos... Saltan como peces de lucha en un acuario minúsculo.

—Y, pese a todo eso, te aseguro que se quieren. Tu madre es terriblemente obstinada...

—Ya, ya...

—Ni más ni menos que tu abuela. En realidad son arcones repletos de misterios.

—Misterios, secretos... ¿o mentiras?

—Todos escondemos algún muerto impresentable en nuestro pasado, Claudia.

—Pues no me hueles a cementerio, papá; quizá sean tus ganas por estar a la altura de esta familia llena de tinieblas y fantasmas...

Y Claudia dibujó arcos sobre su cabeza mientras abrió mucho los ojos y la boca.

12 —¡Payasa! Tal vez te venga bien conocer algunas cosas de tu abuela. Te aseguro que a mí siempre me ha fascinado. Por ella misma y esa serenidad tan envidiable, y por las mujeres de su pasado. Se habló incluso de una historia de espionaje, de asesinatos...

—¿En nuestra familia?

—Ya ves. Pero, por favor, ni una palabra de esta charla a tu madre.

—Tranqui. Al menos no me aburriré tanto. Seguro que en esa pelea anda metida esa antepasada con nombre de joya..., Ópalo, ¿verdad? Pues a ver qué le sonsaco a la abuela.

—¡Quién sabe lo que podrías encontrar!

—El secreto de la espía que asesinó a su amor.

Por la espalda de Ramón Margall cruzó un presentimiento. Nunca había querido saber demasiado de las historias, casi leyendas, que rodeaban a su suegra; había puesto, al servicio de su matrimonio con Matilde, toda su capacidad de raciocinio aséptico. Algo en las palabras de su hija hizo temblar su tranquila seguridad. Ópalo se situaba entre Matilde y su madre como una espada y

Ramón jamás había logrado ni siquiera acceder a una fotografía de la misteriosa mujer. Tal vez todo el secreto consistiese en su falta de realidad.

Claudia no sospechaba entonces que aquella frase de culebrón se acercaba mucho a la verdad de su antepasada; tal vez el espíritu inquieto de la espía rondara a la joven para recuperar su sitio en la memoria familiar.

A Claudia el curso se le había escapado de las manos, de las manos y de la cabeza, llena a reborar con el nombre, el rostro y las jugarretas de Antonio. Como premio al curso perdido, la habían dejado sin vacaciones, y, peor aún, con la obligación de quedarse el mes que la familia, o sea sus padres, pasarían en la costa, al cuidado de la abuela Mimi. ¡Y en su piso de Madrid!

13

—¡Mamá, por lo que más quieras! —Sabía que resultaría inútil, pero tenía que intentarlo—. Por si fuera poco quedarme con ella, ni siquiera cuento con una piscina... ¿Por qué no la traemos a nuestra casa?

—Porque no vendría. Miao-San no renuncia nunca a sus promesas y prometió no volver a salir de su casa. —Matilde renegaba de la obstinación materna mientras se mantenía en sus trece en el hecho de obligar a Claudia a quedarse con la anciana—. Y no se hable más.

—En realidad, mamá, la cuido como un castigo, porque no parece importarte demasiado qué pudiera pasarle. —Jugar con el complejo de culpa, a veces, daba resultado.

No le dio tiempo ni a pensar en las consecuencias de su afirmación. Matilde se giró hacia su hija, la miró como si es-

condiera truenos tras sus negros ojos rasgados y, con un tono de voz ronco y desconocido, amenazó:

—¡Jamás, óyeme bien, jamás vuelvas a juzgar mis actos! Sobre todo los que tengan que ver con Miao-San.

14 Los hijos se asustan cuando descubren en sus padres facetas oscuras, rasgos desconocidos. Claudia conocía hasta dónde podía ser su madre inflexible, dura y obstinada hasta la cerrazón, pero nunca había visto en ella un gesto de ira, ni siquiera una emoción tan fuerte como para transformar sus bellos rasgos de porcelana. Hasta ese momento.

Pensó dos cosas, y ninguna le gustó: primero, no se libraría de pasar el mes de agosto con la abuela; segundo, entre aquellas dos mujeres existía, realmente, un secreto. Y no hermoso precisamente.

Ahora, subía las escaleras de pulida y brillante madera, sintiendo sobre ella el peso de toda la crueldad del mundo. A los diecisiete, todas las emociones resultan extremas porque se estrenan. En la calle, el calor insopor- table y, en el piso de la abuela, el ascensor estropeado y el portero de vacaciones.

—¡Un fantástico recibimiento!

Pero la causa real de aquel enfado había sido otra discusión con el chico de sus duermevelas. No lograba borrar las imágenes de su cabeza: ella enfadada como una mala bruja de una peor novela, mientras Antonio mantenía su calma implacable y remota. Logró que se sintiera como una cucaracha inoportuna.

—Tiene otra, seguro que se ha liado con otra.

Y subía las escaleras cargando con su equipaje como si portara pesadas cadenas. Llegó ante la puerta, tomó aliento, trató de serenarse y alejar el sofocón, buscó la más falsa de sus sonrisas y apretó el timbre que retumbó con un delicado toque de campanillas.

—Otra cursilada de la abuela... ¡Mierda de familia!

Segunda fingió no haber escuchado el comentario al abrir la puerta; desde su llegada a España, el silencio se había convertido en su mejor arma defensiva. No le costaba; toda su existencia era un largo camino de mutismos y miradas bajas: ante la miseria, ante los malos tratos de la vida, de sus sucesivos padrastros, de los jefes dueños de su tiempo y sus fuerzas... A Segunda no le habían concedido el poder de las palabras, ni para protestar ni para defenderse. Tan solo durante los cuatro años que llevaba al servicio de su extravagante patrona había comenzado a sentirse un ser humano con derechos. Y voz.

—Buenos días...

Claudia evitaba el nombre siempre que podía. A la buena mujer le había tocado en suerte nacer la segunda chica y sexta en el número total de hijos de una madre desesperada y harta de embarazos no deseados. La mujer no le dio muchas vueltas al nombre de esa hija y le endilgó el número correspondiente entre las hembras de su prole: Segunda.

La criada movió ligeramente la cabeza, recogió la maleta y cedió el paso a la chica.

—¿La abuela?

—Pintando.

16

Claudia sonrió. Mimi había creado en un rincón de su inmensa terraza algo parecido a un refugio acristalado, con plantas, piedras y agua corriente en dos mínimas fuentes que parecían brotar de la nada. El lugar más fresco e inimaginable: un oasis en el centro mismo de la ciudad ardiente. Y sin aire acondicionado. Aquel pequeño refugio formaba parte de los trucos secretos de la abuela. Caminó hasta el lugar tratando de no hacer ruido al acercarse. Allí estaba, sentada sobre sus piernas dobladas, con el pincel levantado ante sus ojos y un papel de arroz, blanquísimo, frente a ella. Le pareció fascinante.

La mujer permaneció en la misma postura durante unos minutos, sin mover ni un músculo hasta que sus ojos regresaron al papel, mojó levemente el pincel en el tintero y, sin parar una sola vez, dibujó el perfil exacto de una mariposa. Perfecta en su simpleza.